

Leovigildo de Córdoba

Sobre el hábito de los clérigos



ESTUDIO CRÍTICO FHL

© Del texto: el traductor.

© De la edición: [Fundación Ignacio Larramendi](#).

Madrid, 2011.



Es una edición electrónica de [DIGIBÍS](#).

SIGLO IX

LEOVIGILDO DE CÓRDOBA : *De habitu clericorum*

Traducción: David Paniagua Aguilar

SOBRE EL HÁBITO DE LOS CLÉRIGOS

Leovigildo siempre servidor vuestro, a los eximios y gloriosos clérigos que sirven al Señor Jesucristo bajo la protección de San Cipriano pontífice y mártir.

1. Al descubrir vuestra serenidad ignorancia en algunos clérigos y comprender que por causa de la opresión de los Ismaelitas por toda la Hesperia de los cristianos se echaba en falta la agudeza con la que pudiesen discernir la autoridad del hábito de los clérigos, que algunos antiguos padres pensaron que servía sólo para el adorno de sus cuerpos y no que en sentido místico revela para el ejemplo de los fieles una apariencia a quienes nos miran, plugo a vuestra clemencia, cuando vio que la feroz crueldad de los gentiles amenazaba nuestro interés sobre la iglesia de Dios, y conversando con nosotros a favor del hábito de esta orden fue eliminada en cierta medida nuestra ingenuidad, ordenarme a mí exponer por escrito el significado del hábito de los clérigos, y repetir cuanto recuerdo de las admoniciones de los padres sobre estos oficios antes de que seamos desprendidos completamente de nuestros sentidos, para que quien no pudiera de nosotros encaminarse a los demás doctores por el impedimento de la debilidad de su cuerpo, o lo retuviera la indagación tributaria de los censos que debemos cumplir por el nombre de Cristo cada mes lunar, al menos quien lo considere necesario lo lea durante el tiempo de la noche entre las obligaciones eclesiásticas, para evitar que acaso por ignorar el misterio de su hábito alguien se vista como los impíos e imite las vestiduras de los infieles, en quienes no hay sabiduría alguna.

2. ¡O cuán pía fue la devoción de vuestra excelencia si a quien se lo pedís tuviese palabras capacitadas en tales asuntos! ¿Quién se atreverá a explicar sin vacilaciones el misterio del hábito de los sacerdotes o a revelar sin pavor lo místico de su exposición? Habría sido mejor para mí escucharos cautamente a vosotros esta obra que hablar incautamente sobre ello a los hombres. Y si no fuera porque ciertamente tengo en mente las exhortaciones verdaderas de mi Señor que dicen: “Abre tu boca y yo la llenaré” y “No sois vosotros los que habláis sino el Espíritu de vuestro Padre el que

habla por vosotros” desde luego no plegaría mi rodilla a tales cosas. Pero como tenía fe en la orden divina por vuestra intercesión dirigí mi lengua, no por audacia sino por obediencia, a cosas indebidas para mí, proclamando y diciendo con atención: “Señor, haz que entienda los caminos de tus mandamientos”. Vosotros, aquello de la cuestión que mi torpeza ha desmejorado, que vuestra carísima santidad no me vuelva a pedir que lo componga de nuevo, compadeciéndoos cuando no por pereza he dejado sin cumplir vuestro deseo sino que, no obstante el quebranto, me retiene mi incapacidad de juicio. Salud.

1. Por qué los clérigos siempre obran una apariencia en sí mismos y se adornan con un hábito distinto.

Los sacerdotes de nuestro Señor Jesucristo saben que son vicarios de los apóstoles, a quienes les fue dicho: “Id, bautizad a todos los pueblos enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado” y “Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal desaparece, ¿con qué se salará? Para nada sirve ya más que para arrojarla y que la pisoteen los hombres”. Y del mismo modo “Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse la ciudad asentada sobre un monte, ni se enciende una lámpara y se coloca bajo un modio, sino sobre un candelabro para que dé luz a todos los que están en la casa”. Por tanto si son vicarios de los apóstoles y por eso les es dada la sabiduría para que sean de provecho a todos, se deben a todos los cristianos prudentes e ignorantes, como testimonio el apóstol San Pablo cuando dice: “me debo a todos, sabios e ignorantes”. Y si los sacerdotes se deben y son enviados para dar luz a todos los que están en casa, estarán vencidos y no serán útiles para nada, como se les advirtió y serán arrojados y pisoteados, de no ser que combatan legítimamente y aparten sabiamente por vías ocultas las tinieblas de las almas de los fieles e infundan en sus mentes la luz de su sabiduría. El recipiente de la elección ordenó al obispo Timoteo y a su propio discípulo insistir en esto y exhortándole lo eligió diciendo: “Sirve de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe y en la castidad”, y de igual modo “Atiende a ti y a la enseñanza, insiste en ella, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a quienes te escuchan”. Y si no es suficiente para los sacerdotes el vivir con sobriedad y castidad si no son ejemplo para todos, es preciso que a aquellos hombres sabios, que son buenos sabedores de ser médicos de almas, transmitan a los inteligentes de manera

razonada la ley divina que aprendieron espiritualmente y por la reparación de los ignorantes adopten una apariencia con el hábito por medio del cual, cuando comiencen a disputar, encuentren la salud de sus almas desflorando su misterio. Por esto en el Viejo Testamento se colocaban en el foro piedras sacadas del Jordán y los sacerdotes usaban el racional, el efod y todo lo demás. Y si alguien dijera “¿Por qué nuestros sacerdotes no utilizan tales prendas?”, habría que responderle que los antiguos anunciaban los misterios espirituales y destinados a permanecer bajo una vistosa vestidura terrena, mientras que los sacerdotes del Nuevo Testamento, sin la vestidura terrena, abiertamente dicen a todos “si alguien ama el mundo, no está en él la caridad del Padre, ya que todo lo que hay en el mundo es la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, que no procede del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y también su concupiscencia; en cambio el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre igual que permanece para siempre Dios”. Quien pronuncia estas palabras, no conviene que adopte el misterio con oro y gemas preciosas † espirituales †, sino con la humillación del cuerpo y con vestimentas viles, sobre todo cuando el fidelísimo apóstol Santiago haya hablado claramente al decir a todos: “Por su propia voluntad nos engendró por la palabra de la verdad para que seamos una especie de primicia de su creación”. Y si los apóstoles son para nosotros el inicio, ¿cómo podremos tomar ejemplos de otros? Por eso todos los sacerdotes deben esforzarse por tratar de mantener fielmente la apariencia, que toman de los apóstoles, e por imbuir con mayor plenitud aquello que transmite el aspecto a quienes disputan.

2. Por qué se rasura con frecuencia la corona de la cabeza de los clérigos en la iglesia universal.

Si alguien quiere conocer el misterio de la corona, que antes aguce el ingenio de su mente, pues se eleva en la cúspide del hombre porque el sacramento se impone más alto, y si no se interrogara a fondo a sí mismo, no alcanzará su cima decentemente. Pero para que lleve más plenamente lo que se le impone, que conozca antes su aspecto, porque fue dicho “para que puedas conocer a Dios, conócete antes a ti mismo”. El hombre debe saber que consta de dos sustancias distintas, de alma invisible y de cuerpo tangible. La parte más importante del cuerpo es la cabeza, por donde respiran todos los sentidos humanos; la parte más importante del alma es la mente, de la que emanan las

ideas. Por eso le fue dicho al hombre: “Ama a tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”, es decir, ama a través de las acciones del cuerpo, a través del deleite del alma y por el ingenio de la mente y nada más excelso haya en tu mente que el amor a Dios. Y si antepones el amor a este mundo, o a los hijos o a los padres en tu mente no serás digno de alcanzar a Cristo, que es vida de los vivos y reposo de todos los fieles. Pero comienza a amar a Dios y trata de redimirte con las palabras que san Pablo apóstol se ofrecía a Dios y exclamaba con voz pregonera diciendo: “Yo mismo sirvo con la mente a la ley de Dios, en cambio con la carne sirvo a la ley del pecado”. El santo apóstol servía a ley del pecado con la carne por el sufrimiento, no por sus actos, como indica en otro lugar en el que dice: “la carne tiene deseos opuestos al alma y el alma opuestos a la carne”, e igualmente: “veo una ley distinta en mis miembros que está en pugna con la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros”. Veo una ley, dice el apóstol, que lleva a la iglesia bajo su propia persona, que está en pugna, pero que no vence, y que encadena los miembros, no la mente, que siempre conviene que sirva libre a Dios. Y en cuanto la carne está en pugna contra el alma, peca, pues no ama conforme a sí mismo; por eso la mente, que ha sido hecha en la condición del hombre más elevada y vivaz, a quien le ha sido concedido separar lo hermoso de lo vil, si a menudo rechaza de sus miembros los placeres y no tiene apego a nada más que a su Creador, cantará hermosamente diciendo: “Mi alma está apegada a ti, Señor; tu diestra me sostendrá” y merecerá fielmente escuchar: “El Señor está cerca de todo el que le invoca con la verdad en su voluntad”. Así pues por esta razón los clérigos han realizado el signo en la parte superior de su cabeza para intentar purificar las mentes de quienes disputan de todo influjo de delito. Y si el desdeñoso dijera: “queremos purgar este extremo superior visible con una navaja; pero cómo conseguiremos purificar el extremo invisible de la mente, que no se ve ni se toca” se le deberá responder “piensa que una óptima purificación no hace mal a nadie” como testimonia el evangelista cuando dice: “Lo que no quieres para ti, no se lo hagas a otro”. Quien persevera en esto está purificado y no necesita purgación. Y dado que nos resulta difícil mantenernos siempre así, cuando descuidemos este precepto, nos purificamos dando limosnas, como testimonia san Daniel cuando le dice a Nabucodonosor: “sírrete aceptar mi consejo y redime tus pecados con limosnas” y nuestro Señor Jesucristo cuando dice a los Fariseos: “Dad limosna y todo os quedará purificado”. Esta es la navaja con la que queremos purgar el extremo de la mente. Y si

hablando entre titubeos y preguntando la razón de tales cosas dijera: “Si Nabucodonosor y los Fariseos, que se sabe que no son creyentes, se purifican dando limosnas aunque permanezcan siendo infieles, entonces los paganos pródigos conseguirán sin duda la compensación de sus obras” habrá que decirle a quien plantea esta inoportuna cuestión: “Has de saber que la limosna es obra de la misericordia. Por tanto quien quiera ser misericorde debe comenzar por sí mismo y compadecerse primero de sí mismo, pues con toda razón se dice: “compadécete de tu alma, complaciendo así a Dios”. Y por eso renacemos para complacer a Dios, al que con motivo desagrada la culpa que contrajimos naciendo. Así pues, [no] se engaña quien se esfuerza por redimirse con limosnas, por muy generosas que sean, si permanece en la infidelidad o desea perseverar en los crímenes o los delitos a los que renunció con el bautismo, pues fue dicho: “Quien ama la injusticia odia su alma” y quien odia su alma no es misericorde con ella; pero antes conviene ofrecer a Dios lo que plasmó en nosotros a su imagen, observando rectamente aquella sentencia verdadera de nuestro Señor con la que mostró la vía de la vida a los judíos embaucadores cuando dijo: “Dadme un denario” -y después de verlo dijo- “¿De quién es esta imagen?”, y dijeron “Del César”, entonces el Señor les mandó devolver al César su imagen y devolver a Dios la de Dios. Parecía que observaba este precepto en su espíritu san David, cuando oraba el día de su tribulación diciendo: “Si quisieses un sacrificio, Señor, yo ciertamente te lo daría. En los holocaustos no encontrarías satisfacción, pero mi sacrificio a Dios es un espíritu contrito”. David podía prodigar muchas víctimas a Dios y entregar limosnas a los pobres, como también hacía, pero veía que nada había más precioso que ofrecer a Dios un espíritu humilde, que sabía que estaba hecho a imagen de él. Por ello nuestro Señor Jesucristo increpaba a los Fariseos que daban limosnas cuando decía: “Ay de vosotros, Fariseos hipócritas, que diezmaís la menta, el anís y el comino y dejáis lo más grave de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Convenía hacer esto sin dejar de hacer aquello”, es decir, conviene observar primero la fe, por la que se teme el juicio y se obra la misericordia, y luego prodigar estas limosnas por la purgación de los delitos. Este era el tipo de limosnas que Dios mandaba hacer a los Fariseos cuando les decía: “Dad limosna y todo os quedará purificado”. Y de igual forma Daniel no le dijo a Nabucodonosor solamente: “Redime tus pecados con limosnas” sino que advirtió antes diciendo: “Sírvete aceptar mi consejo”. Y si le hubiera complacido escuchar su consejo o hubiera aceptado tales cosas, le habría dado un sacramento mayor que las limosnas, por el que habría

repudiado al punto el culto de los ídolos. Por tanto conviene que todo fiel sepa que dos son los tipos de limosnas, por medio de las cuales el hombre, al ser purificado, obtendrá más plenamente la palma de la victoria: el primero es el amor a Dios y al prójimo, al que llamamos caridad y es el fundamento mismo sin el que nadie alcanza la cima de la perfección, como testimonia el apóstol cuando dice: “si entrego mi cuerpo para que sea quemado, no tendré caridad, nada soy”. E igualmente él mismo dice: “El fin de este precepto es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida”. El segundo tipo rinde provecho si se coloca sobre el anterior, al que se ha denominado fundamento, y es el sustento de los pobres, la preocupación por los reclusos y la visita a los enfermos, por el que manifestará el Señor Jesucristo en el día del juicio que entrega el reino de los cielos a los fieles, cuando dirá: “Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que está preparado para vosotros desde el origen del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer” etcétera. A través de estos dos tipos de limosna el hombre alcanza la perfección con la ayuda de Dios y el primero sin el segundo de poco sirve. Así pues es justo para el hombre, si no puede poner oro, plata o piedras preciosas sobre el precioso fundamento, que al menos no deje de expulsar de sí sus vilezas, tratando con personas edificadoras, pues el Señor dijo que daría recompensa por un cáliz de agua fría. Y si añadiera preguntando y quisiera comprender más claramente el misterio de la caridad diciendo: “He oído que el apóstol San Pablo testimonia y dice así: “El fin del precepto es la caridad” como arriba se ha mencionado y evidentemente conviene que el hombre aprenda el principio de la causa cuyo fin es la caridad”, habrá que presentarle la opinión del apóstol San Pablo cuando comienza y prosigue hasta el final el sermón de la fe, que se sabe que es el principio de los preceptos, diciendo a los fieles e instruyéndoles del siguiente modo: “Poned empeño por mostrar”, dice, en vuestra fe virtud, en la virtud ciencia, en la ciencia moderación, en la moderación paciencia, en la paciencia piedad, en la piedad fraternidad, en la fraternidad caridad”. Esta es la escalera por la que el hombre fiel llega a la verdadera caridad.

3. Por qué todos tonsuran de la misma forma su cabeza en círculo.

Este muy sagrado signo contiene un misterio doble, por el que el sacerdote puede proporcionar una doble instigación al pueblo de Dios y una medicina a sí mismo; con el primero para hacer saber a la gente de Dios que todo el género humano tiene una

carne pecadora y vencedora sobre la mente si no cae sobre él la gracia del Creador, salvo que alguien se atreva a tener confianza en sí mismo o diga que a través de la fortaleza de su mente amputa más plenamente los vicios de la carne; pero nos conviene hacer toda nuestra virtud en Dios y proclamar con fuerza cada uno de nosotros: “Desgraciado de mí, ¿quién me liberará del cuerpo de esta muerte?” para merecer escuchar al apóstol cuando dice: “No la fortaleza de tu alma ni el ingenio de tu mente, sino la gracia de Dios que nos fue dada por Jesucristo nuestro Señor”. Palabra verdadera y digna de toda veneración, pues no redime un hermano a otro hermano, es decir, el cuerpo con alma, sino que redime aquel hombre que es Jesucristo, Dios verdadero y el hombre verdadero, por la gracia gratuita que infunde en los corazones de los fieles. Si el alma del hombre se apega a él y le obedece, cederá la concupiscencia del cuerpo con la victoria de la justicia sobre los placeres, pero no se extinguirán completamente pues se esfuerzan a menudo en su pugna. Así pues los clérigos en todas partes, para gozar de mentes serenas como siervos de Dios, purgan muy frecuentemente las coronas en la parte de arriba de la cabeza, y dado que están en uso de una carne en pugna, dejan que los cabellos crezcan bajo la corona, no cuanto pueden ni para cubrir toda la cabeza, sino para enseñar a los fieles por medio de este misterio a refrenar los deseos carnales y los atiendan menos de lo que necesitan; pues si se les pone a disposición los deseos lícitos, de inmediato sus mentes pasarán a los ilícitos. Pero si alguien quiere someter su carne correctamente, que imite a aquella persona de la que cantaba el salmista cuando decía: “humillé con el ayuno mi alma y me puse por vestidura un cilicio” o “me mantuve en vigilia y resulte ser como un pájaro solitario sobre un edificio” o el compañero del apóstol cuando dice: “Pongo amoratado mi cuerpo y lo someto a servidumbre no sea que predicando para los demás, resulte que yo soy réprobo”. Como somos imitadores de los santos, entonces con el círculo cortamos los placeres de la carne, para que su exceso de grasa no estrangule nuestras mentes ahogándolas y cierre sus respiraderos. Conjeturo que este es su primer misterio. El segundo lo expuso el egregio doctor San Gregorio en sus *Moralia*, cuando dice lo siguiente: “Así pues bajo la corona de los clérigos se dejan crecer los cabellos, para que el preboste no sólo tenga cuidado de sí mismo, sino atienda a sus sometidos como a sí mismo, para poder cumplir lo que la Verdad nos ordena cuando dice: “Ama a tu Señor Dios y a tu prójimo como a ti mismo”. Y para evitar que por un caso el preboste se exceda tanto en la atención del prójimo que casi se olvide de sí mismo, antes de que los cabellos cubran completamente la cabeza, se cortan, de

forma que mirándolo cada día en su cabeza o en la de sus hermanos atienda con su gobierno de igual modo a sí mismo y a los suyos, para que no sea como la lámpara que prende apagando a las otras.

4. Por qué los clérigos asiáticos y africanos tupen sus barbas y, por el contrario, los europeos las rasuran de raíz.

Este misterio doble puede parecer a muchos contradictorio. Si alguien sopesara su designio, verá que no ha sido dispuesto torcido por los apóstoles sino en el modo conveniente. Pero si no se explica de forma más completa la causa de este principio, no será entendida por los desdeñosos; y aunque se haga una exposición por extenso sobre su rapado, no resultará inapropiado pues la consideración requiere prolijidad. Cuando los apóstoles dividieron todo el mundo para que cada uno actuara en su parte asignada, a Pedro Simón le tocó en suerte Roma, que como se sabe es la cabeza de Europa. Y cuando trataba de llegar hasta allí hubo de pasar por Antioquía. Y al hacer allí mismo una parada, mientras exhortaba a los fieles y los instruía, fue a su encuentro el apóstol Pablo para referirle las doctrinas contrarias de los Jerusalemitas, que querían imponer a los fieles las cargas del viejo testamento, diciendo que ellos eran los enviados de los apóstoles. Oponiéndose a él le dijo lo mismo que había estipulado con los Gálatas cuando dijo: “Cuando vi que no caminaban rectamente los que trataban de imponer a los fieles la carga del viejo testamento, dije a Pedro, delante de todos: si tú, siendo judío, vives como un gentil y no como un judío ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros somos judíos de nacimiento, no pecadores procedentes de la gentilidad; y sabedores de que no se hace justo el hombre por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, hemos creído también en Jesucristo, para llegar a ser justos por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, pues por estas nadie llegará a ser justo. Y aunque ahora vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No desecho la gracia de Dios. Pues si por la ley se obtiene la condición de justo, entonces Cristo murió por nada”. Un sabio pasaje, pues Dios hace justas a las gentes por la fe, anunció a Abraham que “todas las gentes serán bendecidas en ti”. Así pues están de la parte de la fe serán bendecidos con el fiel Abraham. Y quienes están de la parte de las obras de la ley, estarán malditos, pues fue escrito: “Maldito quien no se mantenga en todo lo que está escrito en el libro de la ley cumpliéndolo”. Dado que nadie aparece

como justo ante Dios por la ley, está claro que es justo quien vive de parte de la fe, Cristo, que fue maldecido por nosotros, nos redime de la maldición de la ley. Pues si se hubiese dado una ley que pudiese resucitar, habría realmente justicia procedente de la ley, pero concluyó todas las escrituras bajo el pecado, dando a los creyentes la promesa a partir de la fe de Jesucristo. Al escuchar san Pedro que en nombre de los apóstoles habían osado quienes de entre los judíos habían llegado a la fe, imponer a los gentiles la carga de la ley, como refutación de quienes predicaban tales cosas se aplicó en la parte de arriba de la cabeza el signo que sabía que en el viejo testamento estaba prohibido, para que todos los fieles tuvieran conocimiento de que convenía estar no bajo la ley sino bajo la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Y entonces se rasuró la barba y la cabellera en círculo, aunque Moisés había dicho: “No os cortéis la cabellera en redondo ni os rasuréis la barba”, rechazadas las afirmaciones de los Jerusalemitanos, se dirigió a Roma entre las gentes con el signo así impuesto. Y como allí por la gracia divina instruyó a numerosos hijos en nuestro Señor Jesucristo y de entre ellos ordenó diáconos y sacerdotes por todas las ciudades, barriadas y pueblos advirtiéndoles que fueran imitadores del apóstol tanto predicando la verdadera doctrina de Dios cuanto también el signo ... [*faltan dos folios*] ... Herodes lo iba a exhibir, esa misma noche estaba durmiendo Pedro entre dos soldados sujeto a dos cadenas y los centinelas custodiaban la cárcel frente a la puerta. Y hete aquí que se presentó un ángel del Señor, brilló una luz en el habitáculo y golpeando a Pedro en el costado lo despertó y le dijo: “Levanta deprisa”. Y se levantó y cayeron las cadenas de sus manos. Entonces le dijo el ángel: “Cíñete y cálzate tus sandalias” Y así lo hizo. Y le dijo “Envuélvete en tu ropa y sígueme” Y saliendo de allí lo seguía y no sabía que era verdad lo que estaba ocurriendo gracias al ángel. Pensaba que estaba viendo una visión” ... [*falta un folio*] ... domésticos del apóstol Pedro, por quienes habían sido imbuidos, no dejaron. Esta es la causa del misterio por la que los monjes europeos actúan de un modo y la gente asiática y africana de otro distinto.

5. Por qué los diáconos y los subdiáconos caminan a la vista de Dios los días festivos con las albas cortadas a derecha e izquierda y los sacerdotes con albas similares pero oscuras.

Los diáconos junto con los grados inferiores saben que son los nuncios de las palabras de Dios en la iglesia de Cristo, y quienes anuncian cosas pulcra deben vestir también pulcros no por orgullo sino por el hábito de exhortación, de modo que se digan con razón a sí mismos y a quienes los ven: “Alejemos de nosotros las obras de las tinieblas e revistámonos con las armas de la luz, caminemos decentemente y como si fuera de día no en festines y borracheras, no en amancebamientos y actos impúdicos, no en condenas y envidias, vistámonos con nuestro Señor Jesucristo”. Con este significado los clérigos llevan albas. Están abiertas por la derecha para manifestar nuestra modestia a todos tal y como nos enseña san Pedro cuando dice: “Absteneos de los placeres carnales que combaten contra el alma, manteniendo entre los gentiles una conducta buena, con el fin de que en lo mismo por lo que os afrentan como malhechores, considerando vuestras buenas obras glorifiquen a Dios en el día de la visitación”. En cambio están abiertas por la izquierda para que confesemos nuestros pecados, como nos inculca Santiago cuando dice: “Confesaos respectivamente vuestros pecados y rezad los unos por los otros” y San Juan: “Si confesamos nuestros pecados Dios es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad”. Pero aunque se abre una hendidura a derecha e izquierda, el corte no llega hasta la vergüenza de la carne, pues ambas partes están cubiertas púdicamente por una túnica de tela, que es signo de la ascensión del bautismo. Y como llevamos el bautismo para enterrar al viejo hombre con sus actos y surgir como hombres nuevos con nuestro nuevo Señor celestial Jesucristo, por eso quien tratara de abrir el alba por la derecha y quisiera recordar su justicia, no comenzará por la vergüenza de la carne que sepultó en el bautismo sino por la túnica de tela, que tiene el signo de la fe y creará verdaderamente pues el justo vive de acuerdo a la fe no a las obras. Y quien quisiera cortar el alba por la izquierda, que no pronuncie la arrogancia de la carne entre celebraciones para que no se le diga: “El pecador se ufana de los deseos de su alma”, sino con penitencia y declare los delitos que ha cometido después de la gracia del bautismo rogando a Dios el perdón, para que consigamos seguir los pasos del maestro de gentes e seamos imitadores de él en todas las cosas, como ordenó ser a los fieles de Cristo. Y si ignoras qué hizo en tales cosas el santo apóstol, escúchale que el alba se abre por la derecha, y por la túnica de fe no por la carne vieja se recita la secuencia, cuando dice: “Por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia de Dios no resultó vana en mí, sino que me esforcé más que el resto”. Es decir, lo bueno que se ve en mí, no lo recibí de mi padre, sino de la gracia de Dios. Luego instigando a

los demás, mostró que asumía el trabajo con la gracia de la fe, para que no aparezca nadie que se enfrentó a él en certamen, se descuide y piense que ha vencido antes del tránsito, por lo que fue dicho: “quien perseverare hasta el final, se salvará”. Y cuando abrió el alba por la izquierda dijo: “Fiel y digno de plena aceptación es que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores de los cuales yo soy el primero”. Pero he obtenido la misericordia porque Jesucristo mostró en mí primero toda la paciencia para la formación de quienes creerán en él para la vida eterna. San Pablo afirmó y no lo negó que era el primero de todos los pecadores, y consiguió la misericordia para que nuestro Señor Jesucristo diera a conocer a los fieles su paciencia, pues pensaba que no merecía justificaciones de sus acciones. Por tanto quien no imite este saludable misterio, será considerado impío, necio e infiel, pues si sólo quiere abrir el alba por la derecha y trata de glorificarse por las obras de la carne, no por la túnica, será comparado con el Fariseo que daba las gracias en el templo, que ignora que de su virtud había recibido lo que era; luego soberbiamente afirmaba: “Pues no soy como los demás hombres”. No dijo: “Pues no me hiciste como los demás hombres” y si se hubiera formado tal cual se regocijaba viéndose puesto en el certamen y tenía confianza en sí mismo, sin querer entender cómo actuar correctamente, clamaría reconociendo con David: “Tus manos me hicieron y me formaron; dame entendimiento para aprender tus mandamientos” y “Ayúdame, Señor, y me salvaré y me recrearé siempre en tus prescripciones”. Por eso al salir del templo le sucedió lo que había anunciado el profeta cuando dijo: “Maldito quien deposita su esperanza en el hombre”. Y quien sólo quisiera rasgarlo por la izquierda, parecerá semejante a Nabucodonosor, quien se ensalzaba y se atribuía a sí mismo toda la virtud diciendo: “¿Acaso no es esta la gran Babilonia que yo he construido como casa de mi reino y gloria de mi magnificencia?”. Le alcanzó de inmediato la palabra divina apartándolo de los hombres y le hizo vivir con las bestias un tiempo. Un publicano, que estaba hacía tiempo en el templo y atormentaba con fuerza su pecho, por lo que parece, cortó el alba por la izquierda y se cubrió con la túnica de la fe. Pero a mí me parece que cortó el alba por los dos lados, no para mostrar sus obras por más que fuesen buenas ni siquiera para demostrar una gran fe y hacer visible su esperanza pues no se cree más que en quien se tiene esperanza y no se tiene esperanza más que en aquel al que se ama. Así pues salió del templo restituido en su condición de justo, pues resultó estar repleto de fe, de esperanza y de caridad. Como hombre justo ascendió pues fue dicho a quienes como él: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”.

Los sacerdotes utilizan túnicas oscuras porque apacientan un rebaño escarlata y teñido de rojo en apariencia no por naturaleza y llevan sus pecados a cuestras. E igual que convertimos el candor de nuestra naturaleza en suciedad, así los sacerdotes convierten la naturaleza de las albas en oscuridad, ciertamente para que veamos a menudo en las vestiduras de los sacerdotes lo que disfrutamos en el interior errando, de modo que cada vez que recen por nosotros implorando entre el vestíbulo y el altar y rueguen suplicando la clemencia de la Trinidad de Dios por nuestros sacrilegios consigan ser escuchados más fácilmente, cuando exhortando la vía de la purificación demostraran estas cosas diciéndonos: “Lavaos, limpiaos, apartad de los ojos del Señor el mal de vuestros pensamientos, dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, ayudad al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda y venid y revelad con nosotros a Dios nuestro Señor”. Y cuando haya hemos hecho esto, creed de verdad que si nuestros pecados fueran oscuros como una de estas túnicas escarlatas, serán blanqueados como la nieve, y si fueran rojas como estas bermejas, serán como lana limpia.

6. Por qué era necesario que los diáconos y los grados inferiores utilizaran enebadio y que circundaran con su candor el pecho y la garganta.

Este tipo de ropaje se utiliza para amar la pureza de corazón, por lo que fue dicho: “Bienaventurados los que tienen el corazón limpio porque ellos verán a Dios”, pues a quien tiene un pecho de cuervo, conviene que Dios lo acucie para hacerlo semejante a la paloma y suplique con el salmista diciendo: “Crea en mí un corazón puro, Dios, y renueva en mi interior un espíritu recto” y de igual modo que el corazón se reviste de carne y oculta su interior, así el enebadio se protege con un arma luminosa para que pruebe ser de semejante corazón: la garganta se rodea con el enebadio y se sube hasta la mandíbula de los clérigos para que den prueba de que dicen palabras buenas procedentes del buen tesoro de sus corazones y eliminan completamente la apariencia de hipocresía, para que no se diga de ellos: “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí” o “bendecían con su boca y con su corazón maldecían”. Por eso los santos padres, como ya sabían que este tipo de profecía había sido anunciada, estimaron oportuno adornar con una sola prenda el corazón y la mandíbula, para que no dejar que parezca que tienen dos almas y dos lenguas, sino que

lo que el corazón cree y ama, también lo manifieste y lo anuncie abiertamente la boca de manera que reteniendo verdaderamente la inocencia diga cada uno: “He escondido en mi corazón tus palabras para no pecar contra ti” y afirme manifestando las enseñanzas: “Con mis labios he pronunciado todos los juicios de tu boca”.

7. Por qué los subdiáconos usan orares en el antebrazo izquierdo, los diáconos en el mismo hombro y los sacerdotes sobre el cuello y el pecho.

Los orares de los clérigos asemejan el yugo de nuestro Señor Jesucristo, por lo que se dice: “pues mi yugo es blando y mi carga ligera” y se acomodan pequeños para significar la ligereza y delicados para transmitir la blandura. Se ponen en el lado izquierdo de los clérigos, para que, rechazando todos los deseos juveniles, los hagan a todos diestros. Primero se coloca el orar sobre el antebrazo de los subdiáconos para que rehúsen el aprendizaje secular con sus ejercitaciones y aprendan del apóstol un nuevo tipo de combate cuando dice: “El ejercicio corporal es de poco provecho. En cambio la piedad es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y para la futura”. Así pues las manos de los subdiáconos se consagran primero para que no hagan uso del golpe de la maza, sino que imitando al salmógrafo proclamen a una: “Alcé mis manos a tus mandatos, Señor, y los amé. Me ejercite en tus maravillas y elegí la vía de la verdad, medité tus juicios. Por eso condúceme a la ley de tus mandamientos, pues la anhelo”. Finalmente cuando el subdiácono haya perseverado en esto sin yerro y haya domado conforme a lo preceptivo la primera adolescencia junto con la niñez ya pasada, entonces parece digno de cumplir las funciones del diácono y de poner sobre el hombro el orar que llevaba en el antebrazo, para recordar que si bien no completamente, ya en parte ha asumido de buen grado el cuidado de la iglesia de Cristo y que lleva este signo para el oficio de admonición de sí mismo y de todo el pueblo, evidentemente de forma que cuando alguien lo vea pender sobre las cosas peores del diácono se apresure a llorar de inmediato los actos pasados diciendo: “No te acuerdes, Dios, de los delitos de mi juventud y de mi ignorancia”, y quien lo vea sobre el hombro y sobre su espalda, diga por el presente y por el futuro cantando: “Tu, Señor, me enseñaste desde mi juventud y hasta ahora he pregonado tus prodigios; no me dejes tampoco, Dios, hasta la vejez y la ancianidad”. Y cuando en su parte el diácono haya regido bien la muchedumbre creada por Dios y se haya abstenido decentemente de los vicios mortales, entonces su cuello se

somete plenamente al yugo de Cristo y es colocado como pastor al frente de la iglesia de Dios, y le corresponde enseñar a los subordinados y conviene que cante: “Hijos, adquirid sin dinero la sabiduría, someted vuestro cuello al yugo y que vuestra alma reciba la instrucción; es posible encontrarla en el prójimo”.

8. Por qué en la ordenación de los obispos y en las festividades más distinguidas el obispo utiliza una tiara impoluta y recubierta de flecos.

El obispo sabe que asciende a la cima pontificia y se considera que ejerce el grado sumo de los eclesiásticos, por lo que no sólo conviene que elijamos obispos que sean ancianos de edad, sino que interesa ordenar a hombres adornados por la luz de la sabiduría e impregnados por las costumbres de la vejez, tal y como el recipiente de la elección inculca a su compañero Tito diciéndole así: “Conviene” afirma “que el obispo sea un hombre sin crimen, como administrador de Dios, que no sea violento, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni deseoso de lucro infame, sino hospitalario, benigno, sobrio, justo, santo, moderado, abrazado al sermón que según las enseñanzas es fiel, capaz de exhortar con la sana doctrina y de responder a quienes le contradicen”. Como los santos padres recuerdan esto, no sólo conviene que ascienda a la cima pontificia una sencillez santa, sino aquellos que saben oponerse con santidad de modo razonable a los contrarios, pues se dice en los proverbios: “Ciertamente se cuenta como ladrón a quien permite violar la casa de su señor”. Por ello cuando entre el clero se encuentra a alguien tal como el que describió el apóstol, se impone sobre su cabeza una tiara impoluta recubierta de flecos para que se vea que hace uso de la honorabilidad de la senectud completamente entre los colegas y los hombres le tributen, como fue dicho, la veneración de la canicie: “La honorable vejez” dijo Sirac a su prole “no se cuenta con el tiempo ni con el número de años; la prudencia es la canicie del hombre y la verdadera ancianidad una vida impoluta”. Por este motivo en la cabeza del obispo se coloca la semejanza de la canicie y por su candor es justo que esta se adorne. En la ordenación de los obispos los pontífices utilizan la tiara, para que se vea que un desconocido es ordenado por ancianos reconocidos y en las festividades más distinguidas la llevan en la cabeza para ser identificados por todas las personas que tengan preguntas que hacerle y así cada uno consiga recibir de él respuesta a su pregunta.

9. Por qué por toda Hispania los obispos cubren a diario su cabeza con casullas cuando el apóstol dice: “El hombre, cuando rece, no debe cubrir su cabeza, pues cree verdaderamente que fue hecho a imagen de Dios”.

Ciertamente no es lícito creer que esta cabeza visible nos ha sido hecha a imagen de Dios ni es permisible comparar a Dios torpemente con las partes visibles del cuerpo, pues se considera digno estimarlo siempre incorpóreo e invisible, pero la mente, que se sabe cabeza del alma y bajo cuyo dominio recaen las acciones del cuerpo, los hombres no la pueden comprender ni ponderar, esa sí nos es pertinente confesar que fue hecha a imagen de Dios sin revestimiento de deseo, como ya manifestamos en el misterio de la corona, así como ofrecérsela siempre a Dios. Pero esta cabeza que se ve es parte del cuerpo; y es conveniente que mortifiquemos todo el cuerpo, recordando los preceptos del santo apóstol cuando nos dice así: “Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Pues si estamos muertos en este mundo, corresponde al gobernante de la iglesia, del que todos tomamos ejemplo, ponerse vestimenta de muertos y cubrir con una casulla la cabeza junto con el cuerpo, como si ya estuviera depositado en la tumba, para que su predicación ablande los corazones de los fieles y su aspecto infunda temor con su contemplación de tal modo que cuando él se vea a sí mismo o lo vea alguno de quien está por debajo de él diga con ánimo que induce al llanto: “Estoy completamente afligido, Señor. Vivifícame según tu palabra. He inclinado mi corazón para cumplir tus estatutos por la recompensa eterna”. Y este tipo de vestimenta no lo trajeron los obispos por sí mismos a Hesperia, sino que según creo tomaron ejemplo de San Torcuato y sus compañeros, quienes una vez asumido el grado pontificio no abandonaron la simplicidad monástica, sino que velaron siempre sus cabezas con pellizas que parecen casullas. Por eso los obispos tratan de llevar esta norma por toda Hispania por aquellos de quienes lograron obtener la fe cierta. Los sacerdotes se cubren con casullas porque saben que son un miembro del obispo y no velan sus cabezas porque no todos son supremos, sino para que todos aprendan el ejemplo del supremo pastor.

10. Por qué los sacerdotes orientales y los diáconos se casan con mujeres, y los occidentales a partir del subdiaconato permanecen célibes.

De estas dos costumbres me atrevo a apoyar más plenamente esta y a ensalzar convenientemente el título de la glorificación, de la que recuerdo que el recipiente de la elección dijo que era mejor, máxime cuando nuestro Señor dijo por su propia boca: “Si alguno me sirve, que me siga”. Así pues servir a Cristo no corresponde más que a los hombres perfectos, y a estos le conviene más abstenerse que contraer matrimonio, por voluntad, no coaccionados, con decisión, no anhelantes, pues cada uno tiene su propio don. Por eso el apóstol pronunció esta sentencia cuando dijo: “Si alguien determina, firme en su corazón, sin necesidad, por la potestad de su voluntad, y decide en su corazón guardar virgen a su hija, hace bien. Así pues quien casa a su hija hace bien y quien no la casa hace mejor”. Un gran don del Señor omnipotente disfruta quien sabe que tiene potestad sobre su voluntad y conviene más apearse a su Creador a quien ha apartado completamente los placeres del cuerpo. Y si tal hombre despreciara permanecer célibe, ha de saber que no retiene íntegra su perfección. Así lo testimonia el doctor de gentiles diciendo: “Quien no tiene mujer se preocupa de cómo complacer a Dios; en cambio quien tiene mujer, se preocupa de cómo complacer a su mujer y está dividido”. ¿Qué es lo que se divide del hombre casado? Desde luego la mente, no el cuerpo. Si se queda dividido quien se ha casado con una mujer, ya no tiene una perfección totalmente íntegra; y si el hombre no es íntegro, no debe tocar el cuerpo del santo de todos los santos, pues sobre la figura de este misterio se dijo en el viejo testamento: “Deniéguese el honor del sacerdocio a quien tenga alguna tara en su cuerpo”. Pues a aquellos a los que los profetas anunciaban cosas relacionadas con la carne, les recomendaban observar los preceptos en la carne; a nosotros que somos espirituales nos conviene figurar esto más en la mente que en el cuerpo. Recordando esto y otras cosas semejantes los padres occidentales consideraron justo en muchos concilios, como sabéis, decretar que el clérigo, una vez que se vea que ha vencido la necesidad y que siempre hace uso de una voluntad devota reciba el grado del subdiaconato con la condición de que no deje de mantenerse célibe, para que alcance la perfección íntegra y demuestre ser idóneo entre los ministros de Cristo. Por su parte la segunda, la que los Fenicios y los fieles orientales han inducido en el rebaño de Dios, no me atrevo ni a censurarla ni a elogiarla, pues como utilizan los símbolos áticos y la lengua griega no conozco la curia de esos padres. Pero no vacilo en escribiros lo que recuerdo que me dijeron unos asiáticos en una conversación; pues cuando estando reunido con ellos les pregunté por qué los sacerdotes y los grados inferiores en sus

países se casan y no permanecen célibes tras el ordenamiento, dijeron: “Ojalá pudiesen encontrarse en el grado pontificio quien supiera juzgar las propias voluntades. Pues el recipiente de la elección cuando exponía abiertamente la orden de la virginidad dijo: “Si alguien determina, firme en su corazón, sin necesidad, por la potestad de su voluntad, y decide en su corazón guardar virgen a su hija, hace bien”. Los padres reafirmados completamente por estas admoniciones, sabiendo que son moderados quienes no tienen necesidad de la carne y tienen dominio sobre la voluntad de la mente, decretaron que quienes se manifiestan insensibles a ellos sin la pasión del deseo y no llevaban una vida con la concupiscencia de los ojos, se unan con el vínculo del matrimonio, diciendo: “Es más útil aceptar la división patente de ellos, que ya advirtió el apóstol, y calmar una mitad de él en grado positivo y la otra mitad en grado comparativo que ligar el recipiente al vínculo de la concupiscencia y cometer adulterio cada día con los huecos de los ojos, no sea que pensando que es moderado entre celebraciones, sea vapuleado en el futuro entre los adúlteros con mujeres necias”. Y según dicen no hicieron esto sólo por sí mismos sino que tomaron ejemplo del apóstol que decía: “Quien casa a su hija, hace bien, y quien no la casa, hace mejor”. Bien y mejor son adverbios con el significado de una sola característica y aunque se antepone uno al otro por la comparación, ninguno se aparta dividido de la bondad. Por eso algunos de los sacerdotes y de los grados inferiores se casan con mujeres, para no manifestarse de un modo con Dios y de otro con los hombres, pues quien mancilla su mente con concupiscencias ilícitas, con apariencia de conseguir abstenerse, no logra ningún beneficio, ya que dice el apóstol: “Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa mantener su recipiente corporal en santidad y honor, no con pasión de deseo”. Y como la fornicación no sólo se realiza con el sexo sino también con los ojos, como dice la Verdad: “Quien mira una mujer deseándola ya ha cometido adulterio con ella en su corazón”, por eso para evitar la ocasión casan en vano al que ha mirado mujer, pues cuando el clérigo ha cometido adulterio y ha hecho inútil el antiguo voto será adúltero y los adúlteros y los avaros no poseerán el reino de Dios. Por esta razón sus padres pensaron que era mejor, según dicen, incluir en la vida eterna a algunos sin el decoro de la virginidad que precipitar al suplicio eterno por una virginidad fingida; pues fue dicho: “es preferible que perezca uno de tus miembros a que todo tu cuerpo sea enviado a la gehenna”.

Estas opiniones que me habéis pedido, según las recuerdo, en parte procedentes de las admoniciones de los antiguos padres, en parte de lo que he aprendido de los maestros de estos tiempos, os las he expuesto y las he confiado a vuestro arbitrio.

[D. P. A.]